Fauna Guardianes

MELITA

La reina que nunca vio una flor

ABEJA MELIPONA · Una aventura ilustrada





01

La que nunca sale

MELITA vivía en la oscuridad, y no le molestaba.

Su casa era un tronco hueco que colgaba de lado bajo un techo de palma. Adentro olía a cera, a miel y a resina. En el centro, sus hijas cuidaban los panales donde ella ponía sus huevos, uno en cada celdita, todo el día, todos los días.

MELITA había salido una sola vez en su vida, muy joven, a su vuelo de bodas, y había estado tan nerviosa que no se fijó en nada. Ahora su cuerpo, enorme y pesado de tanta vida, ya no podía volar.

Del mundo de afuera sabía solo lo que le contaban sus hijas.

—¿Cómo es una flor? —les preguntaba cuando volvían.

—Huele dulce —decía una.

—Es amarilla.

—No, es rosa.

—Tiene un hoyo en medio, con la miel hasta el fondo.

—Es como una trompeta.

—¿Qué es una trompeta? —preguntaba MELITA.

Nadie sabía.

—Yo te voy a traer una —dijo una obrera muy joven, que acababa de salir de su celda y todavía tenía el pelo suave. Se llamaba Okkot.



02

El ojo en la puerta

Un día, la luz de la entrada se apagó de golpe.

—¡Un ojo! —gritaron las guardianas.

En el agujerito del tronco había un ojo enorme, redondo, brillante, mirando para adentro. Parpadeó. Se fue.

—Es el gigante chico —explicaron las tías—. Es nuevo. Viene todas las tardes y se queda lejos, como si nos tuviera miedo.

—¿Miedo? ¿De nosotras? —MELITA no lo podía creer—. Si somos del tamaño de un frijol.

—Los gigantes son raros —dijeron las tías.





Afuera vivían varios gigantes. Las tías los conocían a todos.

Estaba la giganta de las manos lentas, que olía a humo de leña y les decía con su voz grande un nombre que las tías juraban que era bonito: xunáan kab.

Estaba el gigante que escucha, que venía cada semana, pegaba una oreja enorme y tibia al tronco y se quedaba quieto, quieto, como una piedra caliente.

Y ahora estaba el chico, que miraba desde lejos y salía corriendo cada vez que una de ellas se le acercaba.



03

La primera salida

Okkot salió del tronco por primera vez una mañana de sol.

La luz la golpeó como un grito. Había colores por todas partes, y olores, y viento. Dio vueltas frente a la entrada para aprenderse el camino de regreso, y luego siguió a sus hermanas.

Volaron hasta un árbol sin hojas, cubierto de flores rosas. El macuilís.

Okkot se metió en una flor hasta el fondo. Adentro estaba tibio, olía a dulce, y el polen se le pegaba al cuerpo como harina.

La flor tenía forma de trompeta.

Volvió con el buche lleno de néctar y las patas cargadas de polen.

Adentro, sin pensarlo, empezó a correr en zigzag entre sus hermanas, zumbando a pulsos: bzz, bzz, bzzzz. Las demás la olieron, entendieron y salieron volando hacia el macuilís.

Okkot fue derecho a MELITA.

—Ya sé qué es una trompeta —dijo—. Es una flor.

—¿Y cómo es la flor?

—Rosa. Y grande. Y por dentro... —Okkot se quedó callada—. No sé decirlo. Hay que estar adentro.





04

El palito

Una tarde, el gigante chico se acercó más que nunca. Traía un palito.

Lo metió despacio por la entrada del tronco.

—¡Al palito! —gritaron las guardianas.

Salieron diez. Luego veinte. No tenían aguijón, así que hicieron lo que hacen las de su especie: se le metieron al pelo, a las orejas, a las cejas, y mordieron.

El gigante chico corrió en círculos por todo el patio, manoteando.

Desde la casa llegó un sonido grande y quebrado, como un zumbido muy alegre. La giganta de las manos lentas se estaba riendo.

—Le mordimos el pelo —le contó Okkot a la reina—. Tiene muchísimo.

—¿Y lo lastimaron?

—Nomás lo espantamos. Ya no se acerca con palitos.

Pero al otro día el gigante chico volvió. Sin palito. Se sentó en el suelo, cerca, muy quieto, y se quedó mirando la entrada hasta que se hizo de noche.

—¿Qué quiere? —preguntaron las guardianas.

—Lo mismo que yo —dijo MELITA—. Saber cómo es lo de adentro.





05

El día que el techo se abrió

En mayo, la giganta de las manos lentas abrió el tronco.

Fue como si se cayera el cielo: de pronto entró la luz por una punta, y el aire, y el olor a humo de leña. Las obreras zumbaron asustadas.

Las manos grandes entraron despacio. Con algo filoso pincharon unas cuantas ollitas de miel, nada más las de la orilla, y la miel escurrió hacia afuera, gota a gota.

Luego las manos se fueron. Y con lodo fresco y tibio, la giganta volvió a tapar el tronco, alisándolo con la palma.

—¿Se llevó todo? —preguntó MELITA, que había sentido la luz hasta el centro del tronco.

Las tías contaron las ollitas.

—Poquito. Como siempre. Nos dejó casi todas.

—¿Por qué hará eso?

—Así es ella —dijeron las tías—. Nunca se lleva todo. Ni de un jalón.

Esa tarde, el gigante chico se puso un poco de miel en la punta del dedo, la probó y cerró los ojos. Desde la entrada, las guardianas lo vieron sonreír.





06

Las flores que olían a lata

Del otro lado del camino, otro gigante tenía un campo de flores amarillas, enormes, que se abrían cada mañana. A las obreras les encantaban.

Hasta un martes en que olieron raro. Olían a lata.

Esa tarde, varias hermanas regresaron volando chueco. Algunas no atinaban a la entrada. Otras no regresaron.

Okkot llegó temblando, con las patas pegajosas de algo que no era polen.

—Las flores amarillas olían a lata —dijo, y se acurrucó junto a la reina.

MELITA lo supo antes de que nadie se lo dijera: el tronco había cambiado de sonido. Faltaban zumbidos.

Cubrió a Okkot con sus antenas. Era lo único que podía hacer. Ella nunca había visto una flor amarilla, ni un camino, ni un gigante con una mochila que echaba niebla.

Esa noche, el tronco zumbó bajito, como zumban las casas cuando falta alguien.

Afuera, el gigante que escucha tuvo la oreja pegada a la madera, sin moverse.





07

Lo que el gigante chico llevó en la mano

A la mañana siguiente, el gigante chico encontró en la tabla, bajo los troncos, a las hermanas que se habían quedado quietas.

Levantó una con mucho cuidado y la puso en la palma de su mano. Luego cruzó el camino con la giganta de las manos lentas, hasta el campo de flores amarillas.

Las guardianas lo vieron todo desde la entrada: el gigante chico estiró la mano hacia el gigante de la mochila y le enseñó lo que traía en la palma.

El gigante de la mochila se quedó mirando la mano mucho, mucho rato.

Después de ese día, algo cambió allá afuera, aunque nadie en el tronco supo qué.

El olor a lata ya nunca llegó en la mañana. A veces llegaba al caer la tarde, cuando todas las obreras ya estaban guardadas, y esos días la giganta tapaba las entradas con una hoja.

Con las lluvias, en la orilla del campo amarillo creció una franja de monte con flores chiquitas, moradas, blancas y azules, que olían a tierra mojada.

Okkot fue la primera en probarlas.





08

La princesa

En el tronco, poco a poco, volvieron los zumbidos. Nacieron hijas nuevas, y luego más, hasta que ya casi no cabían.

Una tarde, de una celda del centro salió una abeja distinta. Era delgada, inquieta, con el cuerpo un poco más largo que las demás.

—Una princesa —susurraron las obreras.

—Me llamo Melía —dijo ella—. ¿Cuándo salgo a ver el mundo?

MELITA la miró y supo lo que eso quería decir.

—Pronto —dijo—. Pero no desde aquí. En un tronco no caben dos reinas.

Afuera, el gigante que escucha pegó la oreja al tronco y dijo algo con su voz grande. La giganta contestó. El gigante chico dijo algo más, muy rápido.

Al otro día apareció bajo la champa un tronco nuevo, vacío.

El gigante chico lo limpió por dentro durante días. Le hizo una entrada del tamaño de un frijol. Le preparó sus tapas y su lodo.

Por las tardes se sentaba junto a él y le pegaba la oreja, aunque todavía no hubiera nadie adentro.

—Está escuchando un tronco vacío —dijeron las guardianas.

—Está esperando —dijo MELITA.





09

El día que el tronco se partió en dos

El día de la división, las manos del gigante que escucha abrieron el tronco con mucho cuidado. Sacaron un pedazo de panal con cría, unas ollitas de miel y de polen, muchas obreras... y a Melía.

Todo eso lo pusieron en el tronco nuevo, despacito, como quien muda una casa con todo y familia.

Luego fueron las manos del gigante chico las que taparon las puntas con lodo. Temblaban. Las obreras lo sintieron en la madera: un temblorcito, como de hoja.

Okkot se quedó con MELITA. Alguien tenía que contarle cómo eran las flores.

Una mañana, Melía salió del tronco nuevo a su vuelo de bodas, el único de su vida.

Ella sí se fijó en todo: el macuilís, verde y sin una sola flor; el campo amarillo con su franja de monte florido; el río brillando; un gigante chico sentado junto a la champa, con la oreja pegada a un tronco.

Volvió esa misma tarde. A los pocos días puso su primer huevo.

En el tronco viejo, MELITA sintió que algo le faltaba y algo le sobraba al mismo tiempo. Las reinas no lloran. Pero esa tarde el tronco zumbó distinto.





10

Cómo es una flor

Pasó el año. Llegaron las lluvias, se fueron las lluvias, y el macuilís volvió a ponerse todo rosa.

Los gigantes seguían ahí. El que escucha venía menos y caminaba más despacio. Ahora era el chico el que iba de tronco en tronco con la oreja pegada a la madera, muy serio, escuchando.

Los otros gigantes le hacían un ruido corto cuando lo llamaban: «Tavo».

—Debe de ser su nombre —dijeron las tías.

En el tronco nuevo, Melía y sus hijas zumbaban parejo. Contentas.

Esa tarde, Okkot volvió del macuilís con las patas cargadas de polen rosa y fue derecho a la reina.

—Ya sé cómo explicarte —dijo.

Se le acercó tanto que MELITA pudo tocar con sus antenas todo lo que traía pegado al cuerpo: el polen, el néctar, el olor dulce y tibio, y el calor del sol, que todavía no se le quitaba de las alas.

MELITA se quedó muy quieta.

Nunca había visto una flor. Pero esa tarde, en la oscuridad del tronco, supo exactamente cómo era.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

La abeja melipona (Melipona beecheii), a la que en maya se llama xunáan kab, es una abeja nativa sin aguijón: se defiende mordiendo y enredándose en el pelo. Desde hace siglos, en el sureste de México se cría en troncos huecos llamados jobones. Su miel se guarda en ollitas de cera con forma de huevo, no en panales de hexágonos, y cada tronco da poca miel al año, por eso se cosecha con calma. La reina sale una sola vez en su vida, a aparearse; luego su abdomen crece tanto que ya no puede volar. Las obreras avisan a sus hermanas que encontraron comida con carreritas en zigzag y zumbidos. La deforestación y el uso intenso de agroquímicos están entre sus principales amenazas.

Lo que inventamos

MELITA, Okkot, Melía y los «gigantes» de este cuento son personajes inventados. Una obrera de melipona vive unos dos meses; Okkot dura un año porque el cuento la necesitaba. Las abejas no conversan ni ponen apodos: aquí lo imaginamos, igual que no sabemos qué ve una reina en su único vuelo. No metas palos ni dedos en un nido, aunque sea de abejas que no pican. Y la miel, de cualquier abeja, no se les da a bebés menores de un año.

Tu turno

Juega a ser MELITA: con los ojos cerrados, pide a alguien de tu familia que te acerque una flor, una fruta o una hoja, y adivina qué es solo por el olor y el tacto. Luego cambien. Después, salgan a buscar flores cerca de casa y cuenten cuántas abejas, de cualquier tipo, las visitan en cinco minutos.

Para seguir descubriendo

Bacab Pérez y Canto (2020) · La abeja melipona en la cultura maya · Desde el Herbario CICY · https://www.cicy.mx/Documentos/CICY/Desde_Herbario/2020/2020-07-23-Bacab-Canto-La-abeja-melipona.pdf

Baena-Díaz, Chévez y Porter-Bolland (2023) · ¿Qué sabemos de las abejas sin aguijón en México? · Acta Zoológica Mexicana · https://azm.ojs.inecol.mx/index.php/azm/article/view/2565

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en noviembre de 2026.

La reina que nunca vio una flor

MELITA es la reina de un tronco lleno de abejas y nunca ha visto una flor: conoce el mundo solo por lo que le cuentan sus hijas, y cada una se lo cuenta distinto. Afuera viven unos gigantes muy raros, y el más chico de ellos les tiene miedo. Este cuento se mira desde adentro del tronco.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Colección Wanha' · Cuento 5 de 5 · Edición visual V3.0 · Noviembre de 2026

Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

MELITA, nombre propuesto por Alexander Priego Valles; Okkot, por José Darwin Alejandro Hernández; Melía, por Bárbara Yescas (a partir de su propuesta «Melíah»); la idea de llamarla kab, de César Augusto de la Cruz López. Del concurso de nombres de los Guardianes de Wanha'.

betafaunaguardianes.pages.dev